

La alfarería pintada en los albores de la cultura diaguita chilena del valle del Limarí

Gabriel E. Cantarutti Rebolledo*

RESUMEN: La alfarería pintada ha sido un importante marcador cronológico para construir la secuencia cultural del período Alfarero en el Norte Semiárido chileno (c. 300 a. C. - 1540 d. C.) y definir sus entidades arqueológicas. En este trabajo se discute la definición del complejo cultural Las Ánimas como una entidad arqueológica diferente de la cultura diaguita chilena en los valles de Elqui y Limarí. Posteriormente, se describen tipos cerámicos pintados que marcan el inicio de la reconocida tradición alfarera diaguita chilena para este último valle (1000 - 1200 d. C.), a partir de vasijas conservadas principalmente en el Museo del Limarí.

PALABRAS CLAVE: cultura diaguita chilena, complejo cultural Las Ánimas, alfarería prehispánica, período Alfarero Medio, norte semiárido chileno

ABSTRACT: Painted pottery has been an important chronological marker to construct the cultural sequence of the pottery period in the Chilean Semi-arid North (c. 300 BC - 1540 AD) and define its archaeological entities. This paper discusses the definition of Las Ánimas cultural complex as an archaeological entity different from the Chilean Diaguita culture in the valleys of Elqui and Limarí. Later, painted ceramic types that mark the beginning of the renowned Chilean diaguita potter tradition for this last valley (1000 - 1200 AD) are described, from vessels preserved mainly in the Museo del Limarí.

KEYWORDS: Chilean Diaguita culture, Las Animas cultural complex, Pre-Hispanic pottery, Middle Ceramic period, Chilean Semiarid North

* Arqueólogo (Universidad de Chile). Magíster y candidato a Doctor en Arqueología (Universidad de Illinois, Chicago). Se ha especializado en la prehistoria tardía del Norte Semiárido chileno, particularmente en el desarrollo de la cultura diaguita y la expansión del Imperio inca. Es autor de distintos trabajos sobre estos temas y fue codirector de las investigaciones recientes en el sitio El Olivar.

Cómo citar este artículo (APA)
Cantarutti, G. (2018). *La alfarería pintada en los albores de la cultura diaguita chilena del valle del Limarí*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Introducción

En este trabajo se ofrece una caracterización de aquellos conjuntos cerámicos encontrados en el valle de Limarí que marcan el inicio de la tradición alfarera que posteriormente cristalizará en la inconfundible alfarería diaguíta chilena de estilo Clásico (Cornely, 1956). La definición y caracterización arqueológica de las comunidades creadoras de la alfarería que describimos en esta investigación es una materia sobre la cual aún existen grandes vacíos e interrogantes, pese a ser una temática presente desde comienzos del siglo XX, cuando la cultura diaguíta fue reconocida arqueológicamente (Latcham, 1928). Desde entonces, se han propuesto secuencias y entidades arqueológicas en función de determinadas distribuciones y atributos de ciertos tipos de cerámica con decoración pintada, planteamientos que en este trabajo pretendemos sintetizar y discutir a la luz de las más recientes investigaciones. Ello nos llevará a examinar cómo fue definido el complejo cultural Las Ánimas y cómo se lo diferenció de la cultura diaguíta chilena, advirtiendo la escasa cohesión y alta variabilidad que expresa como categoría cultural dicho complejo entre las áreas de Copiapó y el Limarí.

Los avances logrados en los últimos quince años a partir del estudio de colecciones museológicas y del registro de las evidencias más recientes nos permitirán formular preguntas y, finalmente, dejar planteadas hipótesis de trabajo —que esperamos someter a contrastación en futuras entregas— sobre la naturaleza del complejo cultural Las Ánimas en el Elqui y algunas de sus implicancias para el Limarí. Finalmente, ofrecemos una caracterización de los tipos cerámicos que, hasta ahora, consideramos que marcan los inicios de la tradición alfarera diaguíta, al menos en la zona norte del mencionado valle.

En gran medida, este trabajo se organiza a partir de una exhaustiva revisión bibliográfica, que por razones de espacio hemos intentado sintetizar al máximo, privilegiando las referencias a obras de síntesis antes que a estudios más específicos. En particular, la caracterización del material cerámico del Limarí descansa mayoritariamente en trabajos de registro de colecciones efectuados junto al colega Rodrigo Mera hace ya varios años en el propio Museo del Limarí (en adelante, ML); con el colega Carlos Osorio en el Museo Nacional de Historia Natural (en adelante, MNHN); y por el autor en el Museo Arqueológico de La Serena (en adelante, MALS).

Nuestra motivación ha sido la de difundir, tanto entre el público general como entre lectores especializados, los principales atributos de tipos cerámicos

poco conocidos del centro de la Región de Coquimbo, así como acercar a una audiencia más amplia las visiones y preguntas que hoy nos planteamos en torno al complejo cultural Las Ánimas y los inicios de la cultura diaguita.

De la etapa diaguita arcaica al complejo cultural Las Ánimas

La primera caracterización de la cultura diaguita chilena, incluida la formulación de su nombre, fue obra del pionero de la arqueología chilena Ricardo E. Latcham (1928, 1937). Para este investigador, la historia de los diaguitas estaba marcada por influencias foráneas y desarrollos locales susceptibles de ser identificados en la producción alfarera. De acuerdo con esa visión, planteó una secuencia de cinco etapas para esta cultura, teniendo a la vista alfarería que hoy denominamos como «Ánimas IV», «Diaguita Transición», «Diaguita Clásico», «Cuarto Estilo», y de la fase «Diaguita-Inca». Latcham (1937) argumentó que todas estas manifestaciones eran propias del desarrollo cultural de una misma entidad arqueológica, postura que basó en superposiciones estratigráficas observadas en áreas funerarias y en un enfoque evolucionista del material cerámico.

Por los mismos años en que Latcham daba a conocer sus obras de síntesis sobre la cultura diaguita chilena, Francisco Cornely iniciaba un período de investigaciones que se extendió por casi tres décadas a lo largo del Norte Semiárido (en adelante, NSA). A partir de ellas, modificó la secuencia propuesta por Latcham y dividió «la evolución de la alfarería dibujada de este pueblo en cuatro etapas: *la arcaica, la de transición, la clásica y la de influencia incaica*» (Cornely, 1956, p. 21). El investigador empleó estos nombres para denominar estilos cerámicos, pero en sus textos dichas categorías también fueron utilizadas para distinguir cuatro etapas culturales en las cuales habrían sido producidos los respectivos estilos cerámicos, y que el autor correlacionó especialmente con transformaciones en los modos de sepultación. Aunque Cornely (1956) advirtió importantes contrastes entre la cerámica que llamó «diaguita arcaica» (siguiendo a Latcham, 1932) y la de etapas posteriores, defendió la idea de que esta alfarería era característica de la primera etapa de la cultura diaguita chilena. Desafortunadamente, el investigador nos dejó un escaso registro de las asociaciones materiales observadas en las sepulturas que contenían dicha cerámica.

En la década de los setenta se dieron pasos importantes para plantear la existencia de una entidad arqueológica anterior y distinta a la cultura diaguita

chilena. La nueva propuesta comenzó a tomar forma cuando Julio Montané (1969), siguiendo el criterio de sitio-tipo, distinguió cuatro tipos cerámicos que denominó «Las Ánimas I», «II», «III» y «IV» (figs. 1 y 2) dentro de la alfarería que Cornely (1956) había llamado «diaguíta arcaica». Planteó entonces que los tipos alfareros que pasaba a llamar «Las Ánimas» debían formar «parte de un conjunto ergológico» (Montané, 1969, p. 170) que, aunque posterior a El Molle y anterior al diaguíta chileno, podía haber llegado a ser contemporáneo con el fin del primero y el comienzo del segundo. Aunque no propuso un nombre para aquel «conjunto ergológico», no descartó que la entidad tuviera una fase temprana, caracterizada por los tipos Ánimas I y II, y otra tardía, asociada con los tipos Ánimas III y IV.

Fue Gonzalo Ampuero quien introdujo el concepto de «complejo cultural Las Ánimas» (en adelante, CCLA) (Ampuero, 1973; Ampuero e Hidalgo, 1975), integrando las proposiciones que hemos revisado de Montané con nuevos datos derivados de contextos domésticos –conchales– de los sitios Los Pozos de Puerto Aldea (Montané, 1960a), Punta Teatinos, (Montané 1960b), Compañía de Teléfonos y áreas funerarias del sitio Punta de Piedra (Ampuero, 1973). Concluyó que el tipo Ánimas IV era parte integral del desarrollo alfarero de la cultura diaguíta chilena y que, por consiguiente, debía ser incluido como uno de los tipos cerámicos del estilo Diaguíta Transición. Por otro lado, propuso que los tipos cerámicos Ánimas I, II y III debían ser contemporáneos, pero anteriores al estilo Transición, y podían considerarse característicos del CCLA (Ampuero, 1973, 1978). Por aquellos años el autor recalca que la propuesta presentaba varios vacíos, pero el descubrimiento accidental de una extensa área funeraria durante la remodelación de la plaza de Coquimbo en 1981 contribuyó a modificar este panorama.

Los trabajos en el sitio Plaza de Coquimbo (Castillo, 1984; Castillo *et al.*, 1985) permitieron por primera vez excavar en forma controlada contextos funerarios (34 en total) atribuidos al CCLA en la costa del valle del Elqui. El sitio arrojó un patrón de sepultación en el cual destacaba la disposición de camélidos completos (en 18 entierros), usualmente en número de uno o dos, acompañando a una persona adulta y, en ocasiones, a niños. Los contextos proporcionaron una variada colección de materiales, incluidos artefactos de piedra tallada y pulimentada, de hueso y de metal a base de cobre, además de una cantidad menor, pero aun así importante, de objetos de concha y madera, minerales (pigmentos) y alfarería. En relación a esta última, la única vasija con decoración pintada hallada en los entierros correspondió al tipo Ánimas I y su presencia fue clave para asignar el conjunto de sepulturas al CCLA.



Figura 1. Dos pucos hallados en Quebrada Las Ánimas, valle del Elqui. (a) y (b) Pucos tipo Ánimas I, vistas lateral y superior. Museo Nacional de Historia Natural, n° inv. 10806. Fotografías de Gabriel Cantarutti. (c) y (d) Pucos tipo Ánimas II, vista lateral y detalle. Museo Arqueológico de La Serena, n° inv. 81-5. Fotografías de Romina Moncada.



Figura 2. (a) y (b) Pucos tipo Ánimas III hallado en Tongocillo, posiblemente cerca de Guanaqueros, vistas lateral y superior. (c) y (d) Pucos tipo Ánimas IV encontrado en La Chimba, cerca de Ovalle, vistas lateral e inferior. Museo del Limarí, n°s inv. 51 y 1277, respectivamente. Fotografías de Darío Tapia y Gabriel Cantarutti.

En el mismo año en que se realizaron los descubrimientos en Plaza de Coquimbo tuvo lugar otro importante hallazgo de sepulturas en Chancoquín Chico (Kuzmanic, 1988), en la hoya del Huasco (río Tránsito). Los hallazgos dieron pie para presentar una breve revisión de antecedentes conocidos sobre sitios que confirmaban la distribución de los tipos cerámicos Ánimas I y II, y por ende del CCLA, desde la costa hasta la cordillera del Valle de Huasco (Kuzmanic, 1988).

Poco después, Gastón Castillo (1989) realizó la primera caracterización global del CCLA, basándose en la colección reunida en el sitio Plaza de Coquimbo para la descripción de sus distintas materialidades. En función de la presencia de alfarería decorada diagnóstica para el complejo, el investigador confirmó la extensión de este entre los valles de Copiapó y Limarí, en tanto que estimó su ubicación temporal entre los años 800 y 1200 d. C. Dicho rango, al parecer, se obtuvo de la conversión a años calendáricos, aunque sin calibración, de los dos fechados radiocarbónicos que se tenían de contextos atribuidos al complejo Las Ánimas. El primero, a partir de carbón del conchal de Compañía de Teléfonos, entregaba una fecha de 905 d. C. (1045 ± 95 AP), mientras que el segundo, obtenido de un objeto de madera hallado en la sepultura 12 de Plaza de Coquimbo, arrojaba una fecha de 1210 d. C. (740 ± 60 AP) (Niemeyer *et al.*, 1991).

Investigaciones posteriores en la hoya del río Copiapó aportaron información sustantiva sobre la prehistoria de sus valles y las características locales del CCLA (Niemeyer *et al.*, 1998). Desde los trabajos de Niemeyer y su equipo en Copiapó, se ha entendido el complejo Las Ánimas como una entidad arqueológica con una fuerte variabilidad valle a valle, distribuida desde la zona de Copiapó hasta el valle de Limarí, en la mitad norte de la Región de Coquimbo. Curiosamente, la vinculación de este último valle con el CCLA solo se ha sustentado en la presencia del tipo cerámico Ánimas III, detectado también en la hoya del Elqui, pero no más al norte.

En los últimos años, teniendo en consideración la diversidad del registro en el NSA, hemos optado por reemplazar las referencias al CCLA por la expresión «grupos del período Alfarero Medio» (Troncoso *et al.*, 2016): con ella se ha procurado aludir a sociedades ubicadas entre el período Alfarero Temprano y el Intermedio Tardío, evitando otorgarles una identidad cultural subordinada a dicho complejo. Ciertamente, el principal elemento unificador en el registro, al menos entre la zona de Copiapó y el valle del Elqui, es la presencia de los tipos cerámicos Ánimas I y II. Por lo mismo, estimamos conveniente comentar algunos aspectos sobre la variabilidad regional de estos.

Revaluando antiguas y modernas evidencias: nuevas interrogantes sobre el complejo cultural Las Ánimas

En la última década se ha retomado el estudio de la variabilidad que presentan los tipos cerámicos Ánimas I y II, y su distribución espacial, siempre trabajando con piezas completas o semicompletas. Es así como Garrido (2007) y Guajardo (2008) han confirmado que en el tipo Ánimas I las formas varían entre elipsoidales verticales (también llamadas «acampanadas») y tronco-cónicas, con bases casi exclusivamente planas. A juzgar por la frecuencia de piezas completas documentadas y referencias bibliográficas relativas a fragmentería Ánimas I a lo largo del NSA, cabe pensar que este tipo sería más frecuente en los valles de Copiapó y Huasco, y más escaso en el Elqui, donde hasta ahora solo se han registrado tres piezas procedentes de contextos funerarios en distintos sitios de su curso inferior (Tabla 1). En coherencia con esta apreciación, Garrido (2007) ha postulado que la más tardía cerámica Copiapó habría sido directa heredera de los hábitos productivos de la cerámica Ánimas I, tesis que se sustenta en atributos comunes como la morfología de pucos, la disposición de campos y estructuras de diseño, ciertos motivos y aspectos tecnológicos de las pastas (cocción, tipos y tamaños de inclusiones). También el tipo Ánimas II es considerado por el autor como antecedente estilístico de la cerámica Copiapó, en virtud de que comparte casi todos sus rasgos con el tipo Ánimas I—en efecto, solo los distingue el hecho de que las vasijas Ánimas II presentan superficie interior negra, algo que Montané (1969) atribuyó a que habrían sido sometidas a una atmósfera reductora—.

Resulta interesante observar que el tipo Ánimas II presenta variaciones morfológicas entre las piezas procedentes de las zonas de Copiapó y Huasco, y aquellas que suelen encontrarse en el Elqui (Castillo *et al.*, 1985). De las once vasijas que conocemos para este valle, diez presentan un perfil subsférico¹ y base cóncava, es decir, con una oquedad central en la cara externa que a veces sobresale por la cara interna de la pieza, rasgo que fuera ya observado por Montané (1969). En el valle del Huasco y Copiapó, en tanto, parecen prevalecer las formas llamadas «acampanadas» y «tronco-cónicas» (Niemeyer, 1998), también descritas como elipsoides verticales (Garrido, 2007) u ovoideas invertidas (Guajardo 2008), con una base exterior plana. Estas formas,

¹ Utilizamos el término «subséférico» para englobar dentro de un solo concepto piezas que otros autores han descrito como «de perfil simple» y forma «semiesférica», «hemisférica» y de «elipsoides horizontales».

compartidas con el tipo Ánimas I, son las que se presentan como antecedente directo de los tipos Copiapó. Más al sur, en tanto, las formas subsféricas con paredes de perfil curvo y bases cóncavas del tipo Ánimas II del Elqui guardan estrecha relación con los atributos morfológicos de su contemporáneo Ánimas III y con la cerámica que Ampuero (1978) ha atribuido a la Fase I de la cultura diaguita, es decir, el tipo Ánimas IV y vasijas que Cornely (1956) clasificó como de estilo Diaguita Transición. En consecuencia, y de acuerdo con los actuales cuadros cronológicos, podría decirse que, en el Elqui, la forma característica de los tipos Ánimas II y III del complejo Las Ánimas sería un antecedente de las vasijas de perfil subsférico y base cóncava diaguitas. No obstante, ¿qué tan seguros estamos de que los tipos cerámicos Ánimas I, II y III son contemporáneos y anteriores a los tipos Ánimas IV y al estilo Transición?

Hasta ahora, las asociaciones cerámicas sugieren situaciones contrapuestas cuando se comparan contextos domésticos y funerarios. En el sitio Los Pozos de Puerto Aldea (Montané, 1960a) se ha destacado la existencia de conchales en los que se verificó una secuencia de ocupación iniciada con cerámica Las Ánimas, seguida de alfarería Diaguita Transición y, finalmente, Diaguita Clásica (Ampuero, 1989, 2007). Sin embargo, no debería olvidarse que en dos de los conchales se registraron asociaciones entre fragmentos de cerámica estilo Diaguita Transición y Ánimas III, que hicieron sospechar a Montané la posibilidad de una relativa contemporaneidad entre ambos. A partir de las ilustraciones de este material realizadas por Guajardo (2011), es evidente que la mayoría, si no todos los fragmentos de estilo Transición consignados por Montané pertenecen al tipo cerámico Ánimas IV, dos de los cuales presentan diseños con pintura negro-ferrosa (usualmente llamada de «hierro oligisto»), situación que estrecha los vínculos con el tipo cerámico Ánimas III. Desafortunadamente, los materiales recuperados de estos trabajos no conservan adecuadas referencias de excavación, por lo cual es imposible hacer una revaluación de las asociaciones contextuales.

La asociación estratigráfica de los tipos Ánimas I, II, y III detectada por Ampuero (1973) en conchales del sitio Compañía de Teléfonos fue confirmada en otro del sitio El Olivar, sector E de Brillamar, en una excavación acotada de 4 x 2 m, dirigida por el autor y Gloria Cabello (Guajardo, 2011). En ambos sitios, la presencia de fragmentos Ánimas I y II es minoritaria, e incluso varios de los fragmentos de uno y otro tipo pertenecían a una misma vasija (tablas 1 y 2). Los fragmentos Ánimas III, en tanto, sin ser abundantes, son mayoritarios en ambos conchales, y en los dos se registra la presencia

del tipo cerámico Ánimas IV y alfarería Transición, pero dentro de estratos superiores, es decir, como parte de ocupaciones más tardías. Las más recientes excavaciones conducidas por Paola González y el autor de este trabajo en El Olivar revelan que en los sectores de las exparcelas 105 y 106 existe casi una treintena de conchales, y en ellos también se registró durante la excavación de sondeos la presencia de los tipos Ánimas I, II, III, y IV. Sin embargo, las relaciones estratigráficas entre estos y otros tipos cerámicos se encuentran aún en etapa de estudio.

En términos de cronología absoluta, el fechado ^{14}C para el estrato Ánimas del sitio Compañía de Teléfonos, tradicionalmente convertido a años calendáricos como 905 d. C. conforme a los más recientes estándares de calibración, se expresa como 787 a 1227 cal. d. C. (1045 ± 95 AP)². Evidentemente, el rango de años calendáricos que ofrece la fecha resulta muy amplio y, por lo tanto, de escasa utilidad para situar la antigüedad de dicha ocupación. En el caso del conchal de El Olivar, sector E de Brillamar, se obtuvieron dos fechados radiocarbónicos. El primero, obtenido a partir de carbón y procedente de la parte inferior del conchal con alfarería Ánimas, arrojó una fecha de 1025 a 1180 cal. d. C. (981 ± 36 AP). Para el segundo fechado se muestreó hueso de camélido procedente de la parte superior del conchal, el cual entregó la fecha de 1150 a 1287 cal. d. C. (856 ± 46 AP). Estas fechas resultan ser unos 100 a 200 años más tardías que las originalmente planteadas por Ampuero para las ocupaciones atribuidas al complejo Las Ánimas y, desde luego, será necesario obtener nuevas dataciones para ir precisando la antigüedad de aquellos contextos con presencia de los tipos Ánimas I, II y III.

En el ámbito funerario, recientes excavaciones realizadas en El Olivar han revelado interesantes asociaciones contextuales hasta ahora no documentadas para la prehistoria regional. Es así como ha sido posible registrar, por primera vez en detalle para el Elqui, sepulturas que contienen cerámica del tipo Ánimas III y un particular contexto con el tipo Ánimas II. La única sepultura en la que se encontró alfarería Ánimas III en estrecha asociación con otros tipos diagnósticos fue la de un niño o niña (individuo 199) acompañado de un camélido. Entre el cuello y las extremidades delanteras del animal se recuperó un jarro zapato pequeño, mientras que por debajo de su cuello se registraron un puco Ánimas III y un cuenco Ánimas IV (fig. 3), ambos fracturados por el

² Todas las fechas radiocarbónicas en este trabajo fueron convertidas a rangos de años calendáricos utilizando la aplicación OxCal v4.3.2 (Bronk Ramsey, 2009), aplicando la curva de calibración sudamericana SHCal 13 (Hogg *et al.*, 2013). Los rangos de fechas se expresan con un 95,4 % de probabilidad (dos desviaciones estándar).

peso del animal. Las ofrendas cerámicas se completan con otro jarro zapato, esta vez dispuesto por detrás del cuerpo del humano.

El caso de la sepultura del individuo 134, que contiene la vasija Ánimas II, es quizás todavía más sorprendente para los marcos vigentes de la prehistoria regional, pues muestra una asociación entre este tipo cerámico y una pieza estilo Diaguita Transición (según Cornely, 1956). En este contexto, una persona de posible sexo masculino yace junto a un camélido juvenil (fig. 4). Cerca de la mandíbula del camélido se encontraron dos vasijas cerámicas

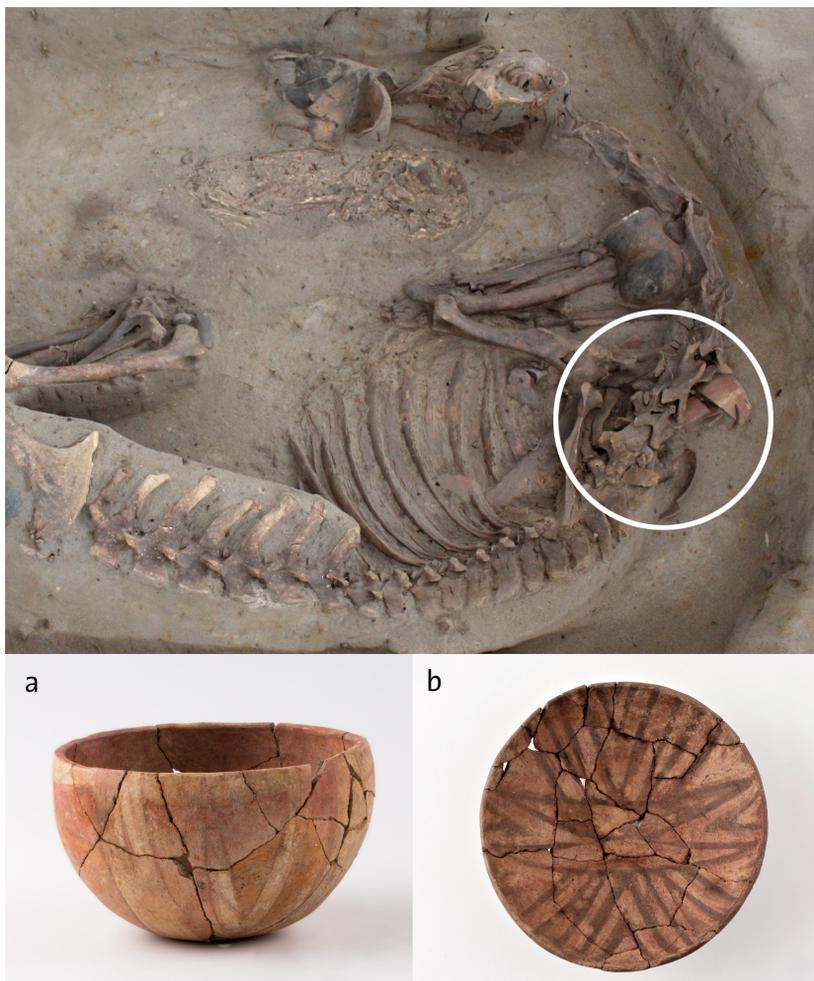


Figura 3. Entierro del individuo N° 199, sitio El Olivar (exparcela 105). Dentro del círculo se señala el área donde estaban dispuestas las dos piezas que se muestran debajo: (a) cuenco Ánimas IV y (b) pucó Ánimas III. Fotografías de Romina Carozzi y Paola González.

dispuestas una sobre otra, ambas boca abajo. La vasija inferior es del tipo Ánimas II, de perfil subesférico y base cóncava. Se trata de una pieza decorada exteriormente con dos campos triangulares blancos y otros dos rojos, que se oponen en forma cuatrigona (fig. 4b). Estos campos están muy erosionados, pero sobre la superficie roja se advierten trazos de un diseño reticulado. La superficie interior es negra, aparentemente por reducción, coloración que abarca las paredes e incluso se prolonga hacia el borde exterior, pero no alcanza la región basal interior de la pieza. Cubriendo al puco Ánimas II se encontró

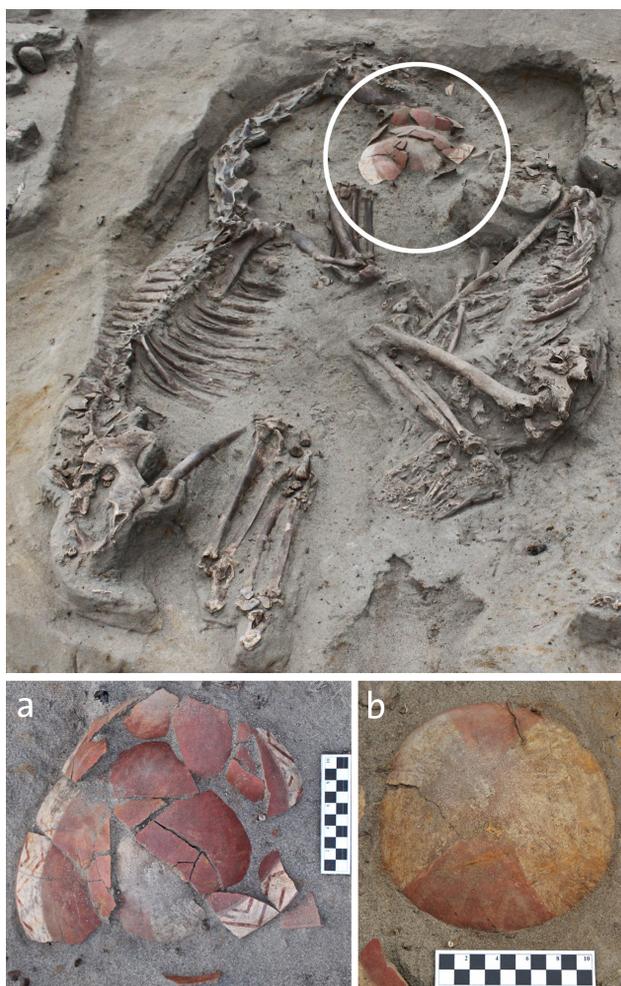


Figura 4. Entierro del individuo N° 134, sitio El Olivar (exparcela 105). Dentro del círculo se señala el área donde estaban dispuestas las dos piezas que se muestran debajo: (a) puco estilo Transición y (b) puco Ánimas II. Fotografías de Romina Carozzi y Paola González.

una vasija de estilo Diaguíta Transición (fig. 4a), de forma subesférica y base cóncava, con decoración exterior pintada a lo largo de una banda con patrón Zigzag P (González, 2013), mientras que el interior es rojo engobado.

En sepulturas vecinas a la recién mencionada y con presencia de camélidos completos, incluida la del individuo 199, también se registraron vasijas atribuibles al tipo Ánimas IV (sepultura del individuo 127) y al estilo Diaguíta Transición (sepultura del individuo 161), así como otras piezas cerámicas de características hasta ahora no reportadas en la región (sepultura del individuo 182) pero cuyos atributos estilísticos definitivamente las vinculan con el desarrollo inicial de la cultura diaguíta. Por cierto, también fueron excavadas otras sepulturas con y sin presencia de camélidos completos que, como las anteriores, presentaban esqueletos humanos en posición hiperflexada, seguramente porque los cuerpos debieron estar enfardados. Sin embargo, estas no incluían objetos culturalmente diagnósticos. Situaciones similares a las registradas en las recientes excavaciones de El Olivar también fueron observadas por el autor en el sector Pinamar del mismo sitio (Guajardo, 2011), donde el investigador Carlos Ocampo detectó dos sepulturas vecinas de personas acompañadas de camélidos: una incluía un puco Ánimas II y la otra, un puco estilo Diaguíta Transición, además de un jarro zapato.

La asociación entre alfarería Ánimas III y IV en una misma sepultura, incluida la presencia de jarros zapato o de vasijas Ánimas II y estilo Transición, nunca antes había sido descrita. Desde luego, esperamos en lo próximo poder discutir las eventuales situaciones de contemporaneidad que sugieren los contextos funerarios del sitio El Olivar a la luz de los fechados radiocarbónicos que de ellos se obtengan. También será importante cruzar esta información con las relaciones estratigráficas que arroje el análisis de los pozos de sondeo excavados en el mismo sitio. Actualmente, sería arriesgado calificar determinadas sepulturas sin objetos diagnósticos (con individuos hiperflexados, a veces acompañados de uno o dos camélidos) como pertenecientes al complejo Las Ánimas, y aquellas con alfarería Ánimas IV y Transición como pertenecientes a la fase I de la cultura diaguíta, pues, como hemos señalado, hay sepulturas donde se mezclan tipos cerámicos atribuidos al complejo Las Ánimas con otros asignados a la cultura diaguíta. De manera preliminar –y para mantener todas las posibilidades interpretativas abiertas–, sin forzar tampoco la secuencia cultural vigente, hemos optado por denominar este momento inicial de actividad funeraria del sitio El Olivar como «período Protodiaguíta». Lo que resulta sumamente interesante en el sitio, en particular dentro de las áreas recientemente investigadas, es el uso recurrente del lugar

como espacio funerario hasta tiempos incaicos. Dicha recurrencia revela un estrecho sentido de identidad y vinculación histórica entre quienes fueron sepultados inicialmente allí y aquellos que perpetuaron dicha práctica ritual en el tiempo. En gran medida, fue esta sucesión de eventos funerarios observada en el mismo sitio lo que llevó a Latcham (1937) y a Cornely (1956) a interpretar el registro como representativo de un proceso histórico continuo, propio de la cultura diaguita chilena.

Recientemente, siguiendo a Castillo *et al.* (1985), también hemos indicado (Troncoso *et al.*, 2016a) aquellos elementos que permiten trazar un estrecho vínculo cultural e histórico entre las manifestaciones atribuidas al complejo Las Ánimas del Elqui y la cultura diaguita, cada uno de los cuales requiere investigaciones específicas. Entre ellos se cuentan continuidades en la ocupación de sitios domésticos y funerarios en la costa y valles, opciones tecnológicas compartidas en el ámbito de la producción cerámica (Guajardo, 2011) y la fabricación de artefactos líticos (i. e., puntas de proyectil, torteras), objetos de hueso (i. e., espátulas, tubos) y de metal (i. e., aros, anzuelos, cinceles). A dichos elementos se suman ciertas características de los tipos Ánimas III y Banda Perimetral en Zigzag (en adelante, BPZ) (Guajardo, 2008, 2011), como sus formas, atributos de pasta, tonalidades de pigmentos e, incluso, el uso de hematita especular que, aunque ocasional, también está presente en el tipo Ánimas IV y en el estilo Transición (Ampuero, 2007; Guajardo, 2011) del Elqui, así como en la alfarería de estilo Diaguita Transición en el Limarí (Guajardo, 2011). Tema aparte es el de la evaluación de afinidades biológicas entre muestras poblacionales atribuidas al complejo Las Ánimas y la cultura diaguita, trabajo que no ha sido abordado, principalmente, debido a la escasez de restos bioantropológicos Ánimas con buenos registros contextuales.

A la espera de lo que nos puedan indicar los fechados absolutos correspondientes a los últimos descubrimientos realizados en El Olivar, nuestra posición para la zona del Elqui es la de mantener abiertas dos hipótesis que deberán ser testadas. La primera consiste en que contextos con tipos cerámicos Ánimas I, II y III puedan ser contemporáneos con variantes del tipo Ánimas IV y del estilo Transición. Dicha alternativa nos situaría ante un momento inicial de la cultura diaguita que, en cierta medida y con matices, reivindicaría la postura de Cornely de incluir lo catalogado bajo el rótulo «Ánimas» como primera fase del proceso histórico de dicha cultura. Consecuentemente, también nos exigiría repensar la idoneidad de hablar de un «Período Medio», al menos para el Elqui. La segunda hipótesis plantearía la diacronía entre los contextos Ánimas y diaguitas en los mismos términos

planteados por Ampuero (1973, 1978, 2007), pero incluyendo momentos de traslape en el empleo de tipos cerámicos hacia finales del desarrollo de Ánimas e inicios de la cultura diaguita, que podrían verificarse en contextos funerarios y eventualmente domésticos, postura que fue insinuada por Montané (1969) desde los inicios de la problemática.

De cualquier modo, lo que está fuera de toda duda es que, en términos estilísticos –formales, tecnológicos y decorativos–, los tipos cerámicos Ánimas III y IV representan el referente directo de la tradición alfarera diaguita que encontrarán los incas a mediados del siglo XV en el NSA. Es por ello que, considerando información dispersa y de difícil acceso en diferentes publicaciones, nos detendremos a examinar aquella alfarería enraizada en los orígenes de la cultura diaguita en la zona del Limarí.

Albores de la alfarería diaguita en el valle de Limarí

Se ha planteado que los orígenes de la cultura diaguita estarían vinculados a la penetración de ideas, tecnologías y formas de vida compartidas por poblaciones del área centro-sur andina, canalizadas hasta la Región de Coquimbo por grupos del CCLA (Ampuero, 1989). Para Niemeyer (1998), tal influjo transformador habría ingresado a la hoya del río Copiapó por medio de contactos entre grupos alfareros tempranos y poblaciones trasandinas herederas de la cultura de La Aguada y se habría expandido hacia el sur, donde habría cristalizado localmente de manera diferenciada. Desde esta perspectiva, la identidad regional Ánimas del valle del Elqui daría origen posteriormente a la cultura diaguita.

Dentro de una lógica similar, pero ahondando en las formas de materialización de sistemas simbólicos, Troncoso y Pavlovic (2013) destacan el rol transformador de la «expansión de elementos ideacionales» o flujos de ideas en dos momentos de la secuencia cultural del NSA. Sin establecer direccionalidades geográficas, plantean que una de estas corrientes habría marcado el comienzo del Período Medio, pero con efectos diferenciales a lo largo del territorio en función de cómo las nuevas ideas se iban articulando y plasmando a diferentes ritmos, o incluso eran ignoradas por sociedades con tradiciones y trayectorias históricas particulares en tres zonas distintas del NSA. Dentro de este modelo, si interpretamos correctamente a Troncoso y Pavlovic (2013), el surgimiento de la cultura diaguita estaría vinculado a las dinámicas culturales particulares de las poblaciones del Período Medio en los valles de Elqui y Limarí. De acuerdo con las más recientes investigaciones

en este último valle (Troncoso *et al.*, 2016b), el inicio de la cultura diaguita habría tenido lugar entre los años 1000 y 1200 d. C., dentro de escenarios todavía no investigados de contemporaneidad e interacción social con grupos identificados con el complejo El Molle.

El conocimiento alcanzado hasta ahora apunta a que entre los años 1100 y 1200 d. C. se observa en las regiones de Atacama (hoyas de Copiapó y Huasco), Coquimbo, Chile Central (hoyas de los ríos Aconcagua y Maipo), norte de la provincia de San Juan y suroeste de la Rioja (Argentina) el surgimiento y consolidación de sociedades que comparten ciertas prácticas culturales similares, aunque con identidades materiales muy distintivas. Nos referimos a las culturas Copiapó, diaguita chilena, Aconcagua y Angualasto, que se desarrollaron a la par con otros grupos que han comenzado a ser definidos en las regiones antes mencionadas (Falabella *et al.*, 2016). Se trata de sociedades con modos de vida sedentarios, que producen alfarería con decoración pintada y en la cuales se practica la inhalación de sustancias psicotrópicas, entre otros rasgos. La cultura diaguita forma parte de este panorama y, como hemos planteado anteriormente, debió derivarse de aquellos grupos que fabricaron, entre otros tipos cerámicos, los pucos subesféricos Ánimas II, III, IV y BPZ. Ante la ausencia del primero en el Limarí, caracterizaremos sucintamente los demás tipos presentes.

El tipo cerámico Ánimas III

Hace más de una década advertíamos sobre la variabilidad formal y decorativa de las piezas que vinculábamos con el tipo Ánimas III en el valle de Limarí (Cantarutti y Solervicens, 2005). Posteriormente, Guajardo (2008) separó tipos cerámicos a partir de estas vasijas, por lo que nos referiremos a ellas en función de su clasificación. Ninguna de ellas tiene una procedencia conocida, pero en virtud de que la colección del ML se nutre de objetos recuperados mayoritariamente en la hoya del Limarí, presumimos que podíamos asignarle dicha procedencia genérica a todas las piezas. Hoy refrendamos esta premisa, basándonos en información publicada por Iribarren (1970) y por Troncoso *et al.*³ (2016b), que confirman la presencia del tipo en sitios del Limarí.

³ Diferimos con Troncoso *et al.* (2016b) en la clasificación de los fragmentos (f) y (g) de la figura 7 como similares al tipo BPZ descrito por Guajardo (2008). A nuestro juicio, ambos –uno hallado en el sitio El Arenoso (cerca de El Bolsico) y el otro en el sitio Parcela 23 (unos 10 km al suroeste de Ovalle)– corresponden al tipo Ánimas III.

Es conveniente mencionar que desde que Montané (1960a) hiciera analizar la pintura negra del tipo Ánimas III a partir de fragmentos del sitio Los Pozos de Puerto Aldea y se reconociera en ella la presencia de hematita especular (también llamada «especularita» o «hierro oligisto»), se ha dado por supuesto que ese es el mineral presente en todos los casos. Sin embargo, nosotros también hemos verificado ocasionalmente la presencia de magnetita en fragmentos procedentes de El Olivar, lo cual se condice con la presencia de rodados de este mineral en conchales del mismo sitio. Por esta razón, nos referiremos a la pintura en cuestión de manera más cauta, como «negro-ferrosa».

En el trabajo de 2005 incluíamos dos pucos⁴ del MDL (n°s 49 y 53) como representativos del tipo Ánimas III descrito por Montané (1969). Como bien lo señaló Guajardo (2008) posteriormente, la pieza n° 53 representa, más bien, una variante de este tipo cerámico, pues muestra una superficie exterior alisada color marrón propia de la pasta cerámica y no el característico rojo engobado con bandas horizontales delgadas de color blanco y negro-ferroso sobre el borde que sí exhibe la pieza n° 49. El interior de ambas piezas sí se ajusta a la descripción general del tipo Ánimas III que formuló Montané (1969). En estos casos (fig. 5), se verifica la aplicación interior de los colores rojo, blanco y negro-ferroso en motivos geométricos tendientes a triangulares, organizados en oposición cuádruple (n° 53) y óctuple alrededor de una figura central con forma de clepsidra achatada (n° 49). Ambas son de forma subsférica, pero solo en una (n° 53) se conserva la base, que es de tipo convexo, es decir, sin la concavidad central.

Iribarren (1970) menciona el hallazgo de algunos fragmentos cerámicos en el sector de El Bolsico y Huerto del Chañaral (cerca de El Chañar), al interior de Río Hurtado, que por sus descripciones muy probablemente correspondan al tipo Ánimas III. Sin embargo, ignoramos si estos fueron ingresados en su momento al MALS. Mejor suerte hemos tenido con fragmentos descritos por el mismo autor en los sitios Potrero El Llano y La Puntilla, que sí se conservan en dicho museo, los que pueden ser definidos sin problemas como Ánimas III.

El Potrero El Llano es descrito como un terreno agrícola ubicado a unos 100 m de las casas de la hacienda El Bosque, donde Iribarren documentó la existencia de un montículo de unos 10 m de diámetro y 2 m de alto, con un

⁴ Cabe advertir que el ML conserva una tercera pieza del tipo Ánimas III, registrada como procedente de «Tongoicillo». Este es el nombre de una quebrada que desemboca en la bahía de Guanaqueros y también de un antiguo fundo en las nacientes de la misma quebrada. Podría corresponder asimismo a un paraje homónimo ubicado unos 8,6 km aéreos al suroeste del pueblo de El Peñón. Como sea, se trata de localidades ubicadas en la provincia de Elqui.



Figura 5. Dos pucos cerámicos, sin datos de procedencia: (a) y (b) puco n° inv. 49, vistas superior y lateral; (c) y (d) puco n° inv. 53, vistas superior y lateral. Museo del Limarí. Fotografías de Darío Tapia.

estrato de ocupación humana de cerca de 40 cm de potencia, seguido de un compacto estrato estéril. Desafortunadamente, Iribarren no entrega mayores detalles que permitan clarificar si el montículo tuvo un carácter doméstico, quizás como asiento de una vivienda, o una connotación ceremonial. Al margen del hallazgo de escasa «alfarería rústica diaguita» alrededor de la elevación, solo menciona que, al excavarla, a poca profundidad encontró un gran fragmento de puco tipo Ánimas III y, luego, un aro de metal blanco indefinido –posiblemente plata– y una figurilla cerámica antropomorfa. El fragmento del puco (n° 4747) conserva aproximadamente un 20 % del borde de la pieza y presenta un diámetro estimado de 30 cm (fig. 6a). En el borde exterior presenta las tradicionales bandas delgadas negro-ferrosa y blanca, con el resto del cuerpo rojo engobado, mientras que el interior luce motivos triangulares en los mismos colores, con la particularidad de que el rojo incorpora un mineral ferroso que provoca reflejos. Los motivos que se distinguen son similares a los observados en el interior del puco n° 49 del ML.

El sitio de La Puntilla también se ubica cerca de las casas de la hacienda El Bosque, y en él se encontraron dos sepulturas asignadas a momentos tardíos del complejo El Molle (fase II, según Iribarren, 1970). Estas fueron halladas

accidentalmente por el entonces inquilino de la hacienda, cuando realizaba trabajos en su casa. De la excavación recuperó siete vasijas cerámicas con distintos grados de integridad y fragmentos asignados al complejo El Molle. Uno de los fragmentos (n° 7923), sin embargo, fue catalogado por Iribarren como «diaguíta arcaico» y se corresponde con el tipo Ánimas III (fig. 6b). La presencia del fragmento junto a los otros materiales llamó la atención de Iribarren, quien frente a la ausencia de referencias contextuales por parte del donante y al carácter tardío que le atribuyó, se limitó a comentar que podía tratarse de un elemento hallado casualmente durante la excavación o, incluso, haber sido obtenido como un hallazgo superficial en otro lugar. A la luz de la ubicación cronológica que se ha comenzado a develar para las expresiones Molle más tardías como las del sitio La Turquía (entre el 800 y el 1200 d. C., aproximadamente), tendríamos que agregar la posibilidad de que la presencia en el sitio del fragmento no fuera casual y de que los fabricantes de cerámica Ánimas III hubiesen sido contemporáneos de dichas poblaciones Molle. En este sentido, no deja de ser llamativa la presencia de decoración pintada bicroma y tricroma en la producción alfarera de los grupos Molle tardíos de Hurtado e, incluso, la aplicación ocasional de pintura negro-ferrosa en algunas piezas (Ampuero, 1960; Iribarren, 1970; Pérez, 2014), todo lo cual podría vincularse a interacciones y momentos de contemporaneidad entre ambas tradiciones alfareras.

Entre las vasijas que comparten algunos atributos con el tipo Ánimas III, pero cuyas formas y decoración pensamos que ameritan ser disociadas de



Figura 6. Dos fragmentos de pucos tipo Ánimas III hallados en la hacienda El Bosque, valle del río Hurtado: (a) fragmento procedente de Potrero El Llano, cara interior; (b) fragmento encontrado en La Puntilla, cara interior. Museo Arqueológico de La Serena, n°s inv. 4747 y 7923, respectivamente. Fotografías de Gabriel Cantarutti.

este, se cuenta una pieza hasta ahora única, que Guajardo (2008) consideró pertinente incluir como parte del tipo. La vasija en cuestión es la n° 48 del ML y morfológicamente es casi idéntica a otro tipo cerámico que Guajardo (2008, p. 26) definió como «alisado con borde hundido». Es decir, se trata de un puco de forma subesférica, en este caso con base cóncava, que tiene la particularidad de presentar un par de concavidades semicirculares opuestas diametralmente en el borde (fig. 7). La decoración exterior es la misma que se observa en los pucos Ánimas III, pero en el interior y a lo largo del borde que se ha preservado presenta una hilera de tres triángulos invertidos en pintura negro-ferrosa, los que muy probablemente también estaban presentes en el borde interior opuesto. Parte de las paredes interiores conserva un engobe rojo, en tanto que la zona basal es pulida. Una pieza muy similar a la descrita, también con base cóncava, pero de superficie alisada y que preserva solo una de las concavidades, fue hallada por Cornely en el sitio Quebrada Las Ánimas y se conserva en el MNHN (n° 10800). Una tercera pieza con la misma forma y tratamiento de superficie, pero de base convexa, es la que decíamos que describe Guajardo (2008). Este último puco se conserva en el MALS (n° 8210) con la procedencia genérica de «Lengua de Vaca», que eventualmente podría corresponder al sitio que Niemeyer (1960) llamó «Los Pozos», cerca de la caleta de Puerto Aldea, y que sabemos presentó ocupaciones que incluían al tipo cerámico Ánimas III (Montané, 1960a; Guajardo, 2011).



Figura 7. Puco con borde hundido, variante del tipo Ánimas III, vista general (der.) y detalle del borde interior, con motivos triangulares pintados con pintura negra ferrosa (izq.). Museo del Limarí, n° inv. 48. Fotografías de Romina Moncada y Darío Tapia.

En torno al tipo cerámico BPZ

Este tipo cerámico fue definido por Guajardo (2008) y su nombre es el acrónimo de lo que en términos decorativos fue descrito como una «banda peri-

metral en zigzag». En el ML se conservan cuatro de estas piezas, dos cuencos (n°s 57 y 640) y dos pucos (n°s 56 y 58), tres de ellas con base cóncava y una con base convexa (n° 57). Sobre el labio-borde pueden presentar pequeños protúberos, ocasionalmente incisos, ya sea opuestos diametralmente o, bien, dispuestos en forma tripartita o cuatripartita.

Como lo admite Guajardo (2008), si se considera la decoración pintada de estas piezas como un diseño continuo, se reconoce en él cierta variabilidad. Según nuestra apreciación, la unidad mínima de este tipo de decoración, más que una línea en zigzag, es un motivo discreto, que puede variar desde un triángulo invertido a pentágonos y heptágonos con dos o tres puntas respectivamente, que se repiten en forma continua o espaciada (fig. 8). En caso de estar espaciados, se ordenan mediante oposiciones cuádruples u óctuples. Excepcionalmente, una de las piezas (n° 56) presenta, en una mitad, un pentágono de dos puntas y un heptágono de tres puntas, mientras que en la mitad opuesta se disponen tres motivos escalonados espaciados (fig. 8d). En tres de las piezas del ML las superficies internas son de color rojo engobado, pero en un caso la región basal se muestra solo alisada (n° 640). La cuarta pieza (n° 57) es de color blanco engobado en su interior.



Figura 8. Pucos tipo Ánimas BPZ: (a) puco hallado en Quebrada Las Ánimas, valle del Elqui. Museo Nacional de Historia Natural, n° 10810; (b) cuenco, Museo del Limarí, n° inv. 57; (c) puco, Museo del Limarí, n° inv. 58; y (d) puco, Museo del Limarí, n° inv. 56. Fotografías de Gabriel Cantarutti y de Darío Tapia.

A diferencia de lo observado por Guajardo (2008), advertimos en dos de las piezas del ML (n°s 58 y 640) el uso de pintura negra-ferrosa muy erosionada para rellenar los motivos triangulares, en forma similar a la pieza ya descrita n° 48 y los propios pucos Ánimas III. Esto, sumado al trazo ancho de las líneas blancas que los delimitan, el uso de engobe rojo en el cuerpo exterior y otros atributos de manufactura, nos sugirió una relación con el tipo cerámico Ánimas III (Cantarutti y Solervicens, 2005). Es más, una de las vasijas Ánimas III halladas por Cornely (1956) en Quebrada Las Ánimas, así como fragmentos analizados por Guajardo (2011) del sitio Los Pozos de Puerto de Aldea (Montané, 1960), presentan protúberos sobre el labio-borde similares a los observados en las vasijas mencionadas en el presente trabajo. Varios años antes, Ampuero (1994) ya había catalogado un cuenco tipo BPZ procedente del sitio Punta de Piedra (MALS n° 9166) como parte del tipo Ánimas III, demostrando apreciaciones similares a la nuestra en cuanto a su cercanía estilística con dicho tipo. En este último caso, la pintura negro-ferrosa de los motivos triangulares está aparentemente muy deteriorada⁵. Lo mismo pensamos en su momento (Cantarutti y Solervicens, 2005) en relación a las piezas n°s 56 y 57 del ML, ya que en ellas la supuesta pintura negro-ferrosa se ha erosionado a tal punto que en la primera ha adoptado un color blanquecino, mientras que en la segunda se deja ver la pasta pulida. Actualmente somos más cautos respecto a la posibilidad de que los motivos estuvieran pintados con la pintura ferrosa, ya que Guajardo (2008) también describe vasijas de este tipo en el Elqui (MALS n°s 1228, 1845 y 1846) que solo presentan pintura negra, aparentemente sin los reflejos que otorga el contenido de minerales ferrosos.

La ubicación cronológica del tipo cerámico BPZ todavía no ha sido bien precisada y no descartamos que exista una diferencia temporal entre los ejemplares con y sin pintura negro-ferrosa, pudiendo ser más tempranos estos últimos. Hasta ahora, dos piezas completas entregan pistas sobre la temporalidad de las vasijas con pintura negro-ferrosa. La primera (fig. 8a) se conserva en el MNHN (n° 10810) y es parte del conjunto cerámico recuperado por Cornely (1956) del sitio Quebrada Las Ánimas, donde se obtuvieron piezas asignadas a los tipos Ánimas I, II, III y IV. La segunda pieza es la ya mencionada del sitio Punta de Piedra (MALS n° 9166), recuperada por Montané en 1962

⁵ Si bien esta pieza (MALS n° 9166) no ha sido registrada por el autor, la base de datos www.surdoc.cl consigna que los motivos triangulares han sido pintados «de color negro (con especularita)». Guajardo (2008, p. 40), en cambio, señala el uso de «un color claro», lo cual podría deberse a la alteración de la pintura negra.

de la sepultura 18, sin otras ofrendas. Este fue el único de los 30 contextos funerarios excavados en aquel año que proporcionó una vasija catalogada entonces como diaguaita arcaica. La posición aparentemente hiperfectada del individuo y la disposición de fragmentos cerámicos gruesos sobre el cuerpo coinciden con los atributos que Montané describió para tumbas más tardías, que actualmente serían catalogadas como de la fase Diaguaita I (Montané 1962 Ms). A la luz de estos escuetos datos y de los atributos estilísticos del tipo BPZ negro-ferroso, parece coherente mantener la posibilidad de una relativa contemporaneidad entre este y los tipos cerámicos Ánimas III y IV. Troncoso *et al.* (2016b) asocian el tipo BPZ con ocupaciones diaguaitas del interior del valle del río Hurtado, pero, como hemos advertido antes (v. nota 5), al menos dos de los fragmentos ilustrados nos parecen asignables al tipo cerámico Ánimas III. A este respecto, cabe mencionar que algunas de las piezas del Elqui clasificadas como del tipo BPZ por Guajardo (2008) —particularmente aquellas con pintura negra pero sin los reflejos de mineral ferroso (p. e., MALS n° 1228)— fueron incluidas por Grete Mostny (1942, 1944) como parte del llamado «Cuarto Estilo» de la cerámica diaguaita chilena. Si bien la autora vinculó este estilo a la alfarería diaguaita preincaica que hoy llamamos «de estilo Clásico», la información actual apunta a que la particular forma de decorar vasijas de color rojo engobado con motivos negros delineados de blanco perduró hasta tiempos incaicos y parece hundir sus raíces en los inicios mismos de la tradición alfarera diaguaita, que aquí vinculamos con los tipos Ánimas.

El tipo cerámico Ánimas IV

Al definir el tipo cerámico Ánimas IV, Montané (1971, p. 181) distinguió dos variedades: una «con engobe rojo» y otra «negro sobre blanco». Sus caracterizaciones, sin embargo, no permiten establecer diferencias claras entre ambos. Posteriormente, no hubo nuevas definiciones sobre el tipo cerámico Ánimas IV, y sus descripciones se limitaron a unas pocas fotografías contenidas en publicaciones (i. e., Ampuero, 1978, 1994; Castillo, 1989). De la observación de ejemplares en museos y la revisión de las investigaciones más recientes e ilustraciones de antiguas publicaciones, resulta evidente que la cerámica Ánimas IV ofrece un rango de variabilidad decorativa, morfológica y, posiblemente, tecnológica, que esperamos poder sintetizar en un futuro trabajo. Aquí damos a conocer características de aquellas piezas completas que alberga el ML (n°s 50, 52, 54, 55, 72 y 1277) y de otras obtenidas en la hoya del Limarí conservadas por el MALS.

Desde que Ampuero (1973, 1978) propusiera al complejo cultural Las Ánimas como una entidad arqueológica distinta y anterior a la cultura diaguita, el tipo Ánimas IV pasó a ser considerado una cerámica característica de la fase I de la cultura diaguita, habitualmente hallada en contextos domésticos y asociada a la que Cornely (1956) describió como «de estilo Diaguita Transición» (Ampuero, 1973; Guajardo, 2011; Montané, 1960a, 1960b; Serani *et al.*, 2004). Los vínculos formales y decorativos entre ambas cerámicas son evidentes y han sido advertidos desde la primera mitad del siglo pasado por distintos autores (Ampuero 1973, 1978; Cornely, 1956; Garrido, 2007; Guajardo, 2011; Latcham, 1932, 1937), razón por la cual no ahondaremos en dicho tema.

El tipo cerámico Ánimas IV en el Limarí incluye pucos de forma subesférica, la mayoría con base cóncava. Las piezas pueden presentar decoración pintada exterior e interior (fig. 9), aunque en algunos casos la primera se limita a una delgada banda blanca con bordes negros sobre la cual se pintan líneas negras paralelas oblicuas sobre blanco, dejando el resto de la superficie roja engobada. Más comúnmente, la decoración pintada cubre solo una de las caras de la pieza, mientras la otra es roja o blanca engobada. Cuando la decoración cubre ampliamente una de las caras del puco, es frecuente el diseño de una cruz diametral ancha y blanca delineada en negro, sobre la cual se observan motivos pintados en negro, o bien en negro y rojo sobre blanco, configurando patrones decorativos propios de la cerámica diaguita, usualmente variedades del patrón Zigzag B 3-2 (González, 2013). Los cuatro espacios triangulares en torno a la cruz diametral (de color rojo engobado) están decorados con bandas delgadas blancas delineadas de negro, sobre las cuales se pintan líneas negras paralelas oblicuas sobre blanco o, bien, en reticulado oblicuo. Estas bandas delgadas, que pueden adoptar la forma de grecas triangulares o de una letra «V», o figurar sencillamente como franjas lineales, generalmente se unen a los bordes del diseño de cruz diametral. Excepcionalmente, se registra un caso en que la decoración pintada interior se organiza conforme a oposiciones séxtuples de motivos triangulares blancos sobre los cuales se han pintado en negro líneas reticuladas oblicuas (ML n° 55) y otro, que describiremos próximamente (MALS n° 596), con una banda diametral exterior.

Las primeras noticias de vasijas del tipo cerámico Ánimas IV en el Limarí fueron divulgadas por Gualterio Looser (1930), cuando describió e ilustró un puco de este tipo que formaba parte de una colección de vasijas cerámicas halladas en la localidad de San Julián, el cual posiblemente se conserve en

el MNHN. Poco más de 70 años después, excavaciones practicadas por el autor en el mismo lugar (Serani *et al.*, 2004; Guajardo, 2011) permitieron confirmar la asociación de este tipo cerámico con alfarería de estilo Diaguita Transición en un depósito doméstico y fechar por termoluminiscencia un fragmento del tipo Ánimas IV en 880 ± 70 AP o 1120 d. C. (Cantarutti y Solervicens, 2004).

Más cerca de Ovalle, en la localidad de La Chimba, son frecuentes las noticias de hallazgos relacionadas con áreas funerarias diaguitas, por lo que no es raro que el ML conserve entre las piezas de su colección un pucó Ánimas

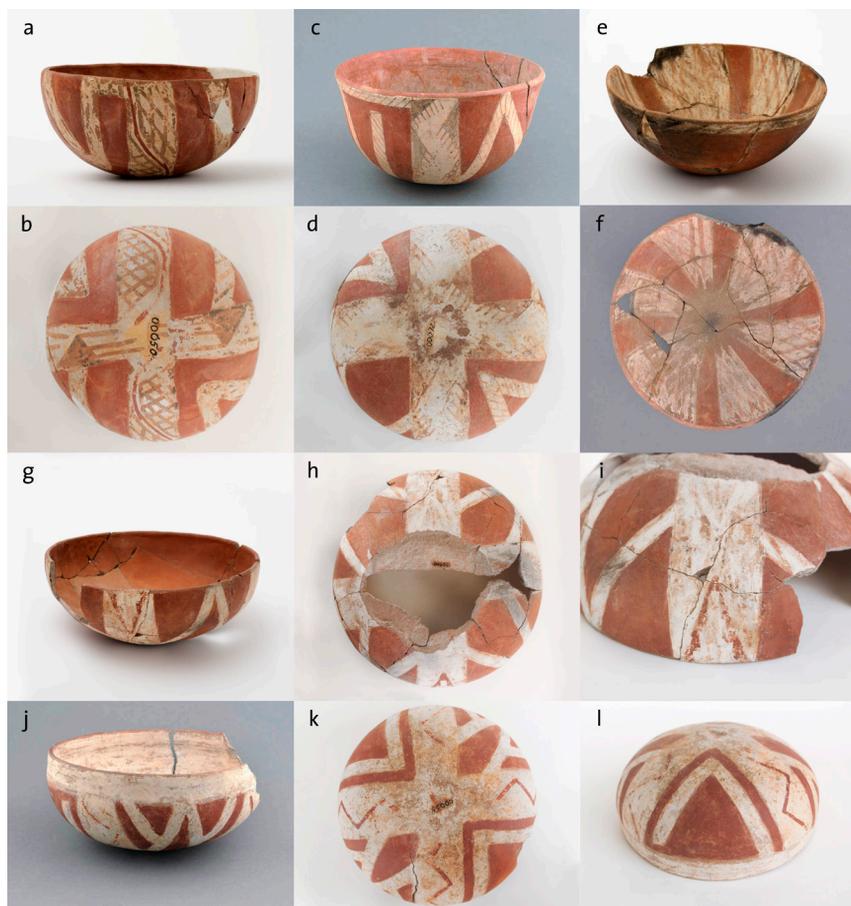


Figura 9. Pucos tipo Ánimas IV conservados en el Museo del Limarí. (a) y (b) pucó n° 50, vistas lateral e inferior; (c) y (d) pucó n° 72, vistas lateral e inferior; (e) y (f) pucó n° 55, vistas lateral e inferior; (g), (h) e (i) pucó n° 52, vistas lateral, inferior y detalle de la decoración exterior; (j), (k) y (l) pucó n° 54, vistas lateral, inferior y lateral-inferior. Museo del Limarí. Fotografías de Gabriel Cantarutti, Darío Tapia y Romina Moncada.

IV (n° 1277) con dicha procedencia (figs. 2c y 2d). Bastante más al interior, ya en el valle del río Hurtado, Cornely e Iribarren también registraron la presencia del tipo cerámico Ánimas IV cuando dieron a conocer los resultados de trabajos conjuntos realizados en el sitio Falda Mala, cerca de las casas de la hacienda El Bosque. En este lugar, Iribarren (1970) menciona el descubrimiento de dos sepulturas de niños, cerca del cráneo de uno de los cuales se hallaron dos vasijas cerámicas (Cornely, 1945). La primera correspondía a un puco Ánimas IV (MALS n° 596) que cubría un pequeño cuenco de borde evertido (MALS n° 595), este último con decoración descrita por Cornely como «de estilo Transición». Al parecer, años antes, Iribarren (1970) había recuperado otros elementos arqueológicos⁶, entre los cuales se contaba un segundo puco tipo Ánimas IV (MALS n° 597).

La vasija n° 596 del MALS presenta decoración pintada en el exterior y el interior rojo engobado (figs. 10c y 10d). En el exterior no muestra el característico diseño en cruz diametral, sino una banda diametral con una variante de patrón Cadenas (González, 2013), en negro y rojo sobre blanco. En los campos rojos engobados, a cada lado de la banda diametral, se ha pintado desde el borde un motivo en forma de letra «W», en negro y rojo sobre blanco. El puco n° 597, por su parte, presenta decoración pintada tanto interior como exterior, reservada en este último caso solo al borde, mientras el resto del cuerpo es rojo engobado (figs. 10a y 10b). En el interior presenta el característico diseño de la cruz diametral acompañado de bandas delgadas que adoptan la forma de grecas triangulares. Finalmente, proporcionamos imágenes también del cuenco n° 595 del MALS (figs. 10e y 10f), que acompañaba al puco Ánimas IV (MALS n° 596) en Falda Mala: cuencos similares a este, todos de base cóncava, fueron hallados en el mismo valle de Hurtado en los sitios de Potrero Las Rosas (MALS n° 605, n° 4746) y El Parrón (MALS n° 1037) (Iribarren, 1970). Esta última pieza posee decoración pintada en negro-ferroso y rojo sobre blanco (figs. 10g y 10h). Cabe agregar que ejemplares de la misma forma y decoración que el cuenco n° 595 también han sido hallados en el valle de Elqui (MALS n° 1677).

La amplia distribución espacial del tipo cerámico Ánimas IV, desde la costa hasta al interior del valle de Limarí, parece confirmarse con la presencia de

⁶ Entre los objetos recuperados años antes por Iribarren en Falda Mala, Cornely (1945) menciona la pieza n° 598 del MALS. Iribarren (1970), sin embargo, entra en contradicciones al describir esta pieza como parte de los hallazgos realizados en un sitio cerca de El Bolsico, pero en la misma obra y al pie de una fotografía se le asigna como procedencia el sitio de Falda Mala.



Figura 10. Tres vasijas halladas en Falda Mala, valle del río Hurtado: (a) y (b) puco tipo Ánimas IV n° 597, vistas lateral y superior; (c) y (d) puco tipo Ánimas IV n° 596, vistas lateral y e inferior; (e) y (f) cuenco estilo Transición n° 595, vistas lateral y superior. Similar a este último es el cuenco n° 1037 que se muestra en (g) y (h), también de estilo Transición: fue encontrado en El Parrón y presenta decoración con pintura negra ferrosa. Fotografías de Romina Moncada, Gabriela Alt, Gabriel Cantarutti y Darío Tapia.

fragmentería de este tipo en conchales del sitio Los Pozos, de Puerto Aldea, espacio costero históricamente vinculado a las dinámicas de las poblaciones del curso inferior del Limarí. Como hemos señalado anteriormente, gran parte de la alfarería decorada de estilo Diaguita Transición recuperada por Montané (1960a) de estos conchales era del tipo Ánimas IV, tal como puede apreciarse en las ilustraciones de este material realizadas por Guajardo (2011). La misma investigadora menciona que en dos de estos fragmentos la pintura negra empleada en los diseños es del tipo ferrosa con reflejos. El uso de pintura negra ferrosa en pucos Ánimas IV, aunque ocasional, también ha sido verificada al interior del Elqui en un segmento de vasija procedente de hacienda San Carlos (Guajardo, 2011), característica que no ha sido observada en las piezas de este tipo que conocemos para el valle de Limarí.

Consideraciones finales

En este trabajo hemos realizado una revisión de la alfarería con decoración pintada producida por las comunidades que dan origen a la cultura diaguita en la hoya del Limarí, particularmente de la zona norte, más inmediata al Elqui. Hemos procurado, por una parte, difundir las principales características de tipos cerámicos presentes en el valle de Limarí prácticamente desconocidos para el público general y especialistas, y por otro lado, discutir la vinculación de estos con dos entidades culturales de la secuencia prehispánica alfarera del NSA: el complejo cultural Las Ánimas y la cultura diaguita chilena.

Hace más de una década expresábamos que el complejo Las Ánimas nos parecía «un complejo de pucos» (Cantarutti y Solervicens, 2005), con la intención de subrayar la escasa uniformidad espacial de los tipos de vasijas descritos como diagnósticos para este a lo largo del NSA. Como hemos señalado en estas páginas, ante la evidente variabilidad que demuestran materialidades, prácticas y sitios identificados con el complejo Las Ánimas entre la zona de Copiapó y el Limarí, hemos sido partidarios de denominar a las sociedades identificadas con estas expresiones, valle a valle, como «grupos del período Alfarero Medio» (Troncoso *et al.*, 2016a). Esto, en el entendido de que, en términos cronológicos relativos, dichas poblaciones habrían ocupado en el NSA una posición entre los desarrollos del período Alfarero Temprano (complejo cultural El Molle) y los del período Alfarero Intermedio Tardío (culturas Copiapó y diaguita). Sin embargo, en el valle de Elqui son de tal fuerza las continuidades y similitudes entre las expresiones culturales atribuidas al período Medio (complejo Las Ánimas) y la cultura diaguita, que no es posible descartar de plano que aquello que ha sido definido como un complejo cultural pueda ser mejor definido como una fase inicial de la cultura diaguita. De verificarse esto último, no sería apropiado mantener la expresión «grupos del período Alfarero Medio». Desgraciadamente, son escasos los sitios que cuentan con registros lo suficientemente controlados como para evaluar más profundamente este tema, y más aún las dataciones absolutas para entender los rangos temporales en que habrían ocurrido las situaciones observadas.

Más allá de las categorías arqueológicas que utilizemos para referirnos a las poblaciones que sentaron las bases para el desarrollo de la cultura diaguita, las evidencias sugieren que, inicialmente, este proceso ocurrió en el Elqui dentro del contexto de dinámicas de interacción regional con grupos procedentes de más al norte del valle del Huasco. Así lo indica la presencia del tipo cerámico Ánimas I, principal denominador común del complejo Las Ánimas entre las zonas de Copiapó y el Elqui, y, en mucha menor medida, el tipo cerámico Ánimas II, que en esta última cuenca muestra atributos que lo diferencian de su variedad septentrional. Dentro de este panorama, el Limarí no formó parte de las redes sociales que propiciaron la producción o circulación de los tipos cerámicos Ánimas I y II; en cambio, las poblaciones del extremo norte del Limarí sí compartieron con las del Elqui la producción de los tipos cerámicos Ánimas III, Ánimas BPZ y Ánimas IV, restando aún clarificar con mayor precisión la temporalidad de estos eventos. En este sentido, la similitud entre las cerámicas de las cuencas del Elqui y del Limarí nos ha ayudado a discutir

lo que actualmente podemos aventurar respecto a la ubicación cronológica de estas expresiones, que situamos alrededor del 1000 al 1200 d. C., lo cual deja abierta la posibilidad a momentos de contemporaneidad que deberán ser evaluados especialmente a partir de excavaciones de contextos domésticos.

A pesar de que el registro de la alfarería que hemos tratado en este trabajo se encamina a cumplir los 100 años, recién comenzamos a comprender su variabilidad y ubicación cronológica. Resta todavía mucho trabajo con miras a caracterizar aspectos bioantropológicos y prácticas cotidianas, económicas, rituales y organizativas de las comunidades del período Alfarero Medio en el NSA, sin descuidar las particularidades de la interacción social entre estas. Conforme avancemos en estas direcciones, estaremos en un mejor pie para integrar distintos tipos de evidencias que permitan reconstrucciones más globales sobre la forma de vida de los grupos humanos que, entre otras muchas actividades, produjeron la alfarería a la cual nos hemos referido.

Referencias

- Ampuero, G. (1973). Nuevos resultados de la arqueología del Norte Chico. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena. *Boletín de Prehistoria*. Número Especial, 310-337.
- Ampuero, G. e Hidalgo, J. (1975). Estructura y proceso en la prehistoria y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungará*, 5, 87-124.
- Ampuero, G. (1978). Notas para el estudio de la Cultura Diaguita Chilena. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, 16, 111-124.
- Ampuero G. (1989). La cultura diaguita chilena (1200 a 1470 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappcasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile: Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* (pp. 277-287). Santiago: Andrés Bello.
- Ampuero, G. (2007). *Los diaguitas en la perspectiva del Siglo XXI*. Santiago: LOM.
- Bronk Ramsey, C. (2009). Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon*, 51(1), 337-360.
- Biskupovic, M. y Ampuero, G. (1991). Excavación arqueológica en la parcela #24 de Peñuelas, Coquimbo, Chile. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 41-48). La Serena, Chile.
- Cantarutti, G. y Solervicens, C. (2005). Cultura diaguita preincaica en el valle del Limarí: Una aproximación a partir del estudio de colecciones

- cerámicas. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 147-156). Concepción, Chile: Editorial Escapate.
- Castillo, G. (1984). Un cementerio del Complejo Las Ánimas en Coquimbo: Ejemplo de relaciones con San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, 7, 199-209.
- Castillo, G. (1989). Agricultores y pescadores del Norte Chico: el Complejo Las Ánimas (800-1200 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappcasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile: Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* (pp. 265-276). Santiago: Andrés Bello.
- Castillo, G., Biskupovic, M. y Cobo, C. (1985). Un cementerio costero del Complejo Cultural Las Ánimas. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II (pp. 194-239). La Serena: Boletín del Museo Arqueológico de La Serena.
- Cornely, F. (1945). Arqueología del río Hurtado superior. *Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, 1, 8-10.
- Cornely, F. (1947). Informe del director técnico sobre las excavaciones practicadas por la Sociedad Arqueológica de La Serena durante el año 1947. *Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, 3, 8-10.
- Cornely, F. (1956). *Cultura diaguita chilena y cultura de El Molle*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Cornely, F. (1969). Correspondencia con el Director del Museo de Concepción, el Profesor Carlos Oliver Schneider. *Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena*, 13, 11-36.
- Falabella, F., Pavlovic, D., Planella, M. T. y Sanhueza, L. (2016). Diversidad y heterogeneidad cultural y social en Chile Central durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío. En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile desde sus primeros habitantes hasta los Incas* (pp. 365-399). Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Garrido, F. (2007). *El camélido sagrado y el hombre de los valles: Una aproximación a la cultura Copiapó y sus relaciones a partir de la alfarería*. Memoria para optar al título de arqueólogo, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- González, P. (2013). *Arte y cultura diaguita chilena. Simetría, simbolismo e identidad*. Santiago, Chile: Ucayal Editores.
- Guajardo, Á. (2008). *Tipología cerámica del Período Medio del Norte Semiárido (Complejo Cultural Las Ánimas)*. Informe de Práctica Profesional, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

- Guajardo, Á. (2011). *El Complejo Cultural Las Ánimas y sus vínculos con la cultura diaguita en la Región de Coquimbo*. Memoria para optar al título de Arqueóloga, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Hogg, A. G., Hua, Q., Blackwell, P. G., Niu, M., Buck, C. E., Guilderson, T. P., Heaton, T. J., Palmer, J. G., Reimer, P. J., Reimer, R. W., Turney, C. S. M. y Zimmerman, S. R. H. (2013). SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon*, 55(4), 1889-1903.
- Iribarren, J. (1956). Arqueología en el Valle del Huasco, Provincia de Atacama. *Revista Universitaria - Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales*, 20, 183-212.
- Iribarren, J. (1970). *Valle del Río Hurtado. Arqueología y antecedentes históricos*. La Serena: Ediciones del Museo Arqueológico de La Serena.
- Kuzmanic, I. (1988). Un cementerio del Período Medio en Chancoquín Chico, Provincia del Huasco, III Región de Chile. *Boletín Ocasional del Museo Regional de Antofagasta*, 1.
- Latcham, R. E. (1928). *La alfarería indígena chilena*. Santiago: Soc. Imp. y Lit. Universo.
- Latcham, R. E. (1932). Alfarería diaguita arcaica. *Revista Chilena de Historia Natural*, 3, 137-138.
- Latcham, R. E. (1937). Arqueología de los indios diaguitas. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 16, 17-35.
- Looser, G. (1930). Notas de arqueología chilena. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 13, 50-62.
- Montané, J. (1960a). Arqueología diaguita en conchales de la costa, Puerto Aldea, Excavaciones estratigráficas. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, 11, 57-67.
- Montané, J. (1960b). Arqueología diaguita en conchales de la costa, Punta Teatinos. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, 11, 68-75.
- Montané, J. (1962). Figurillas de arcilla chilenas, su ubicación y correlaciones culturales. *Anales de Arqueología y Etnología*, 16, 103-133.
- Montané, J. (1962 Ms). Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas en el sitio denominado «Potrero Largo» en Punta de Piedra, Departamento de La Serena, Provincia de Coquimbo. Archivo del Museo Arqueológico de La Serena, La Serena, Chile.
- Montané, J. (1969). En torno a la cronología del Norte Chico. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 167-183). La Serena, Chile.

- Mostny, G. (1942). ¿Un nuevo estilo arqueológico? *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 20, 91-96.
- Mostny, G. (1944). ¿Un nuevo estilo arqueológico? II. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 22, 191-196.
- Niemeyer, H. (1998). El período medio complejo Las Ánimas. En *Culturas Prehistóricas de Copiapó* (pp. 115-162). Copiapó: Museo Regional de Atacama.
- Niemeyer, H., Cervellino, M. y Castillo, G. (1991). Los períodos temprano y medio en la cuenca del río Pulido, Provincia de Copiapó, III región de Atacama. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III (pp. 1-30). La Serena: Boletín del Museo Arqueológico de La Serena.
- Niemeyer, H., M. Cervellino y G. Castillo (1998). *Culturas prehistóricas de Copiapó*. Copiapó: Museo Regional de Atacama.
- Osorio, C. (2003). *Sitio Compañía de Teléfonos de La Serena, una reevaluación*. Informe de Práctica Profesional, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Serani, D., Cantarutti, G., Seguel, F. R. y Eisner, F. (2004). Cultura diaguita en San Julián: Aportes a la prehistoria del valle del Limarí y el norte semiárido chileno. En *Informes Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial* (pp. 36-42). Santiago: Dibam-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Slusser, M. S. (1950). *Preliminar archaeological studies of Northern Central Chile*. Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía. Universidad de Columbia, Nueva York, EE.UU.
- Troncoso, A., Cantarutti, G. y González, P. (2016a). Desarrollo histórico y variabilidad espacial de las comunidades alfareras del Norte Semiárido (ca. 300 a. C. a 1450 d. C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile desde sus primeros habitantes hasta los Incas* (pp. 319-364). Santiago: Editorial Universitaria.
- Troncoso, A., Vergara, F., Pavlovic, D., González, P., Pino, M., Larach, P., Escudero, A., La Mura, N., Moya, F., Pérez, I., Gutiérrez, R., Pascual, D., Belmar, C., Basile, M., López, P., Dávila, C., Vásquez, M. J. y Urzúa, P. (2016b). Dinámica espacial y temporal de las ocupaciones prehispánicas en la cuenca hidrográfica del río Limarí (30° Lat.S.). *Chungará*, 48(2), 199-224.